

orillas del Adriático, Sena Gallica (Sinigallia), lleva todavía su nombre. Roma vencida, tuvo que sufrir como dueños o señores feudales durante una cuarentena de años esos extranjeros, batalladores indisciplinados, que al menos no eran, como lo fueron los Romanos cuando recobraron su fortuna, unos opresores metódicos. Pero el «tumulto» tuvo esta consecuencia, librar a Roma de la rivalidad peligrosa de los Etruscos: la confederación de las Doce ciudades quedó completamente rota¹. Por un fenómeno análogo al que, después del paso de los Scitas, permitió a los Medas elevarse sobre las ruinas del imperio ninivita, la pequeña nación de las orillas del Tíber sufrió menos de la devastación gala que las ricas ciudades de Toscana: los bárbaros habían trabajado para la última gloria de Roma.

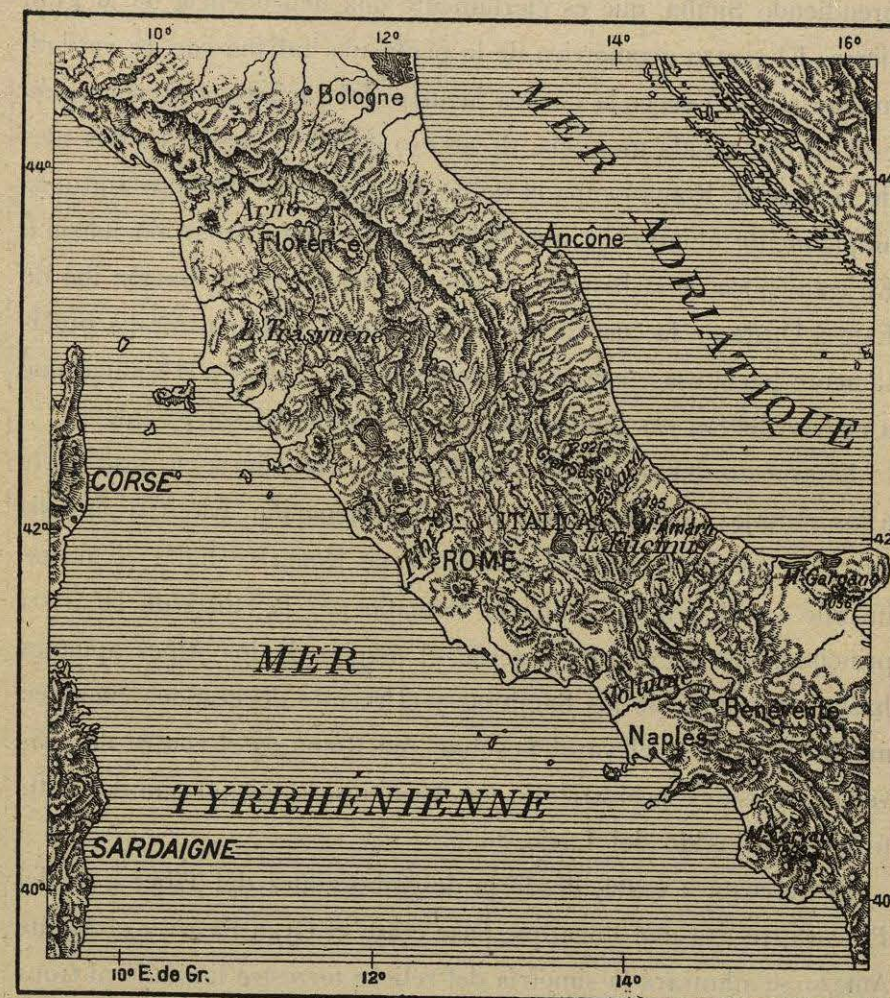
Del lado del Sud, el país, erizado de montañas, era más difícil de conquistar. Los pastores samnitas, valientes y buenos andadores, habituados a combatir al lobo y a sacudir la nieve que cubría las pieles que les servían de vestidos, eran rudos adversarios para los Romanos; sin embargo, la Naturaleza les obligaba a vivir en pequeños grupos esparcidos sobre su vasto territorio cortado por precipicios, por valles profundos, y muy difícilmente podían unirse en ejércitos y combatir un pueblo tan sólidamente constituido y bien armado para la guerra como lo era el pueblo de Roma. Este comienza por apoderarse de las llanuras disputadas, las de la rica Campania, después se prosigue la lucha durante generaciones y con éxitos diversos, en los desfiladeros y sobre las pendientes de las montañas. La tenacidad de los Romanos acabó por triunfar; a la vez que atacando de frente a sus enemigos en los altos valles del Samnio, lograron también rodearles, al Oeste por la Campania, al Este por Apulia; desde los dos lados sitiaron las altas tierras y les cortaron todas las comunicaciones con las ciudades aliadas de la Gran Grecia.

Las guerras de Roma con los Etruscos y los Samnitas permiten apreciar en su valor la posición geográfica de la ciudad con relación al conjunto de la península. Si los elementos étnicos, determinados por medios anteriores, eran favorables a un gran desarrollo de fuerzas en la república Romana, el ambiente geográfico era también a pro-

¹ André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 165.

pósito para secundar la fortuna de Roma y darle un ascendente victorioso sobre las comarcas circunvecinas. Pocas ciudades estuvieron mejor colocadas como centro. Desde el punto de vista puramente

N.º 190. Arco montañoso de la Italia central



local, tenía la ventaja de hallarse en medio de una llanura que forma anfiteatro entre macizos elevados que le constituyen una especie de muralla, sobre un río navegable y que ha reunido ya todas las aguas afluentes. Roma estaba, pues, relativamente bien situada para servir de mercado a toda la cuenca inferior del Tíber, y la desembocadura

de su río ofrecía al menos cierto abrigo sobre esa larga y peligrosa costa que limita en esos parajes el mar Tirreno.

Pero las ventajas se revelan principalmente cuando se abarca con la mirada el conjunto de la península. La campiña romana se halla exactamente a igual distancia de las dos extremidades de Italia, comprendiendo Sicilia, que es ciertamente una dependencia de la gran tierra. El centro geométrico de la península italiana cae, es verdad, mucho más al Este en la cuenca lacustre del Fucinus, pero esta región está en plena ruda montaña, de acceso difícil, y, desde los dos pies de la cadena, Roma ocupa el del Oeste, donde las llanuras son más ampliamente abiertas, y que baña la más vasta extensión marina. En esta época de la historia, el movimiento de la civilización iba de Este a Oeste en la cuenca del Mediterráneo, y Roma miraba precisamente hacia esas tierras de Occidente, las Galias e Hispania, que a su vez debían ser iluminadas por los rayos del sol levante.

El aspecto del sistema de los Apeninos contribuía en gran parte a las ventajas de Roma como foco de dominación. El circo de colinas y de pequeños montes alrededor de Roma se halla él mismo inscrito en el amplio hemiciclo formado por la curva de la arista principal, que se despliega desde el macizo de los Alpes apuanes hasta los montes de los Samnitas y el recinto de grandes cimas en medio del cual se eleva el Vesubio. Así Roma es el centro de gravedad de ese extenso arco de los Apeninos, lo mismo que del anfiteatro restringido del Lacio.

Si de costa a costa, desde la desembocadura del Tíber a la del Pescara, se tira una línea que pase entre el Gran Sasso y el Monte Amaro, se admirará la simetría del relieve terrestre limitado al tronco de la península; la arista montañosa y el litoral occidental contienen los campos fecundos de Etruria y de Campania y, a las dos extremidades, vienen, por decirlo así, a soldarse al mar: al Noroeste, a lo largo de la Rivera oriental de Génova; al Sud, alrededor del macizo cuya más alta cima es el monte Cervati. Del lado del mar Adriático, la punta de Ancona corresponde a la «Testa» de Gargano y la llanura de Emilia a los ricos pastos de Apulia.

Y no es esto todo: Roma ocupa igualmente el medio natural de un círculo mucho más extenso, aquel cuya semicircunferencia septen-

IMPERIO ROMANO



LEYENDA

Extensión del Imperio Romano

en el año de Roma 550		en el año de Roma 850	
..... 650	 950	
..... 750		

Vías principales

Lit. Martín y Bañó

Escala 1:6000,000
0 250 500 1000 Kilómetros

S. Poch G.

trional está trazada por el poderoso macizo de los Alpes. Por último, ¿no es Roma el verdadero medio de toda la cuenca mediterránea, y no coinciden de una manera general los límites políticos de lo que fué el imperio romano con la vertiente de las tierras que

N.º 191. Relieve de la Península Itálica



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

rodean el inmenso depósito del mar Interior? Roma es, en la geografía histórica, el ejemplo perfecto de un punto vital a cuyo rededor los rasgos del suelo describen cuatro círculos paralelos. Cada uno de sus aumentos de poder se apoyaba así en todos los aumentos anteriores: cada progreso se cumplía según un ritmo que era el de la